



# ORACIONAL de la Familia Mariannhill

Fascículo N.º 58



FOTO: CARMEN BORRECO MUÑOZ. [España]

**CAPÍTULO XV:**  
**Beato Engelmar Hubert Unzeitig**  
**Sacerdote Misionero de Mariannhill y Mártir de la Caridad [IX]**

# TESTIMONIOS SOBRE EL BEATO ENGELMAR [III]

## [4] TESTIMONIO DE RICHARD SCHNEIDER, PBRO

**Este sacerdote católico estuvo prisionero en CC de Dachau desde 1940 hasta su salida en 1945, cuando los prisioneros del Campo fueron liberados por los Aliados. La presente declaración testimonial la hizo en Buchen [Alemania] el 12 de diciembre de 1979. Éstas son sus palabras:**

*“Vine a conocer al P. Engelmar cuando éste llegó a Dachau el 3 de junio de 1941. Su número de prisionero fue el 26.147. A los pocos días de su llegada, fue llevado al Bloque 26 –el de los sacerdotes–, a la sala n° 2, que también era la mía.*

*Este joven sacerdote destacaba por su seriedad. Era un tipo callado y hombre de pocas palabras. Con paciencia sobrellevó los sufrimientos de la vida del Campo de Concentración, que fueron especialmente duros en los años 1941 y 1942. El espacio para moverse en las salas era muy reducido. Más de cien prisioneros, en lugar de cincuenta, se hacinaban en cada una de las salas. A comienzos del mes de noviembre de 1944 la situación empeoró. El campo se llenó de prisioneros provenientes del Este, cuando los rusos entraron en Polonia y cuando los Campos de Concentración en el Oeste fueron abandonados ante el avance de los Aliados. En 1941/42 la comida en el Campo era tan poca y tan pobre en calorías, que parecíamos cadáveres andantes. En noviembre de 1942 se autorizó poder recibir paquetes de comida. Gracias a ellos se salvaron muchas vidas en el Bloque de los sacerdotes, donde la cifra más alta de muertes se registró en 1942, el año del hambre. Se registró de nuevo una alta cifra de muertes entre los habitantes del Campo cuando se extendió el tifus en los meses de noviembre y diciembre de 1944.*

*Durante aquel tiempo, el P. Engelmar siguió siendo el mismo, llevando con paciencia el sufrimiento. Una sola vez, que yo recuerde, le vi discutir acaloradamente con uno de los compañeros de la sala. Estoy casi seguro que la discusión era con un sacerdote checoslovaco. El clero de Checoslovaquia era más nacionalista que el de otras naciones. Su posición anti germana se resumía en estas palabras de un sacerdote prisionero de aquella nación: ‘Antes lo ruso que lo austriaco’.*

*Era algo sabido entre nosotros, los sacerdotes alemanes, que el P. Engelmar en un principio vio con buenos ojos la invasión de Checoslovaquia por parte de Hitler, pero cuando se dio cuenta de las intenciones del Partido y del líder del mismo, el P. Engelmar se convirtió en un fuerte opositor del Partido Nacional Socialista Obrero de Alemania. Así se entiende el que fuera arrestado, sentenciado sin juicio, ‘por los comentarios que había hecho durante las instrucciones religiosas y por haber defendido a los judíos’. Quería ser pastor de almas y como tal actuó, en consecuencia, durante las instrucciones religiosas.*

Esto se puso de manifiesto más claramente cuando gente joven empezó a ser confinada en el Campo. La mayoría eran rusos, que habían sido sacados de sus patrias y llevados a Alemania para trabajar en las fábricas de armas. Eran arrestados en Dachau, porque en la fabricación de armas habían realizado algún trabajo defectuoso, lo que era considerado como un sabotaje. Con la llegada de todos ellos se reavivó el celo misionero del P. Engelmar. Quería profundizar en la poca fe que estos jóvenes rusos todavía tenían en Dios y en Jesucristo, enriqueciéndola con la Sagrada Escritura. Junto con algunos otros sacerdotes, entre ellos Hermann Duemig, sacerdote de Würzburg, se esforzó en aprender ruso. Ellos pusieron por escrito en ruso importantes partes del Evangelio, a fin de poder hacer uso de ellas durante las instrucciones religiosas a aquellos prisioneros jóvenes rusos.

Su celo se hizo especialmente evidente cuando las fiebres tifoideas aparecieron en el Campo. Los barracones llenos de gente y la higiene insuficiente produjeron la epidemia. Algunos Bloques fueron aislados y destinados a los enfermos. Tan alta fue la cifra de mortandad, que después de diciembre de 1944, los mil pacientes de un Bloque murieron todos en el espacio de cuatro semanas. Los hombres que cuidaban a los pacientes también fueron víctimas de la epidemia. También ellos eran prisioneros. Al final ya nadie quería ir a trabajar en los bloques infectados. Se pidieron voluntarios entre los sacerdotes, que hasta el momento no habían sido requeridos para este trabajo. Tanto del clero secular como de entre los religiosos se ofrecieron más voluntarios de los que eran necesarios. El P. Engelmar fue uno de ellos.

Los enfermos dieron la bienvenida a los nuevos enfermeros con gran alegría. Tanto los enfermos católicos como ortodoxos no tenían sino una sola petición: recibir los últimos sacramentos. Ahora ya nadie podía frenar al P. Engelmar. Como se me dijo, él no se reservaba nada cuando se trataba de atender a los moribundos. Nosotros no podíamos conseguir el suficiente óleo para la unción de los enfermos en el Campo a través de la plantación, ni hostias, que una vez consagradas, las pasábamos a través de las alambradas de espinos, que aislaban el área de la epidemia. Todo ello se tenía que hacer de tal manera que uno no fuera sorprendido. El entusiasmo del P. Engelmar era comentado por todos, así como el del jesuita, P. Lenz. Ambos fueron apóstoles de la caridad, que se entregaron completamente a los moribundos. Como muchos otros, también ambos sufrieron el contagio de la enfermedad y casi al mismo tiempo. El P. Lenz salió adelante, gracias a los esfuerzos que se hicieron por salvar su vida. Era muy conocido y estimado por su caridad, lo que incluso le acarreó sufrir el castigo llamado 'Stenhbunker' [Una celda tan pequeña que el prisionero no se podía ni tumbar] durante cuatro semanas. Cuando se supo en el Campo que el P. Lenz estaba enfermo de tifus, todos comentaban: 'No debe morir'. Se extrajo sangre de los prisioneros que se habían recuperado del tifus, gracias a los antibióticos. Con ella se le hicieron transfusiones al P. Lenz, que recibió tanta sangre tratada con antibióticos que se recuperó y no llegó a morir.

El celo del P. Engelmar por la causa de la fe le costó la vida. Se podría decir, sin adulación alguna, que el P. Engelmar Hubert Unzeitig fue un mártir: un mártir de la fe, porque por la causa de la fe fue enviado al Campo de Concentración de Dachau, y debido a su celo por las almas, allí murió; un mártir de la caridad, porque al cuidar de los prisioneros, dio la vida por los otros, que en el Campo eran meramente números y no personas.

*Cuando se conoció la noticia de su muerte, mi único pensamiento fue cómo hacerme con sus restos mortales, que de otra manera, acabarían después de la cremación en la fosa común de las cenizas. Mi relación con el capo [Prisionero al cargo de una escuadrilla de trabajo], del crematorio, un paisano compatriota de Baden, lo hizo posible. Le pedí si podía, cuando trabajara solo por la noche en el crematorio, quemar el cuerpo del P. Engelmar por separado y darme sus cenizas. Me pidió que le diera el número de prisionero que tenía el P. Engelmar, porque este número estaba escrito con tinta en el brazo o en el estómago de cada persona que moría, a fin de que las fundas de oro que pudiera tener en los dientes, que estaban registradas en el archivo del Campo, pudieran ser extraídas antes de que el cuerpo fuera conducido al crematorio. Una mañana el capo me trajo las cenizas en una bolsa de papel. Cuando se le preguntó en la puerta del Campo qué llevaba en la bolsa, contestó que era arena seca, y le dejaron pasar. A través de la plantación, donde yo solía trabajar, y con la ayuda de un sacerdote de Muensterschwarzach, las cenizas llegaron al Convento de Mariannahill en Würzburg, en cuya Iglesia encontraron un lugar adecuado para ser depositadas y allí reposar.*

*Lo que he escrito aquí estoy dispuesto a certificarlo, bajo juramento, en cualquier momento en que se me pida para el proceso informativo sobre la beatificación del P. Engelmar Unzeitig. Si voy a vivir tanto, sólo Dios lo sabe. Hago hoy, por tanto, esta declaración como si fuera bajo juramento”.*

## 151 TESTIMONIO DE JOSEPH WITTHAUT, PBRO

**El testimonio de este sacerdote católico está recogido en una carta que escribió el 21 de septiembre de 1945 a Regina Unzeitig, una de las hermanas del P. Engelmar, que vino a ser la Hna. Adelhilde, de las misioneras de la Preciosa Sangre o de Mariannahill. El sacerdote Joseph Witthaut era párroco de Bruegge [Westphalia/Alemania], en la archidiócesis de Paderborn, cuando fue arrestado por la Gestapo. Fue confinado en el Campo de Concentración de Dachau, donde conoció al P. Engelmar. Cuando las tropas americanas liberaron el Campo, este sacerdote, que había sobrevivido a la tragedia, volvió a su trabajo pastoral.**

*“Querida Hna. Adelhilde: Me hubiera gustado contarle personalmente muchas cosas sobre su querido hermano Hubert [P. Engelmar], quien en Dachau vino a ser un buen amigo mío. Ahora, al menos, podrá tener algo por escrito.*

*Conocí a su hermano el año pasado en agosto, poco después de mi confinamiento en Dachau, y tuve la suerte de poder compartir con él y con el sacerdote P. von Styp-Rekowski, de Danzig [Probablemente oír hablar de él] el mismo armario-taquilla. Su hermano inmediatamente se interesó por mí, como un verdadero amigo, pues yo entré en el Campo deprimido, sabiendo que nuestro destino detrás de la alambrada de espinos, contra toda esperanza, estaba sellado ‘hasta el final de la guerra’. Él me prestó su costurero y me ayudó a coser los distintivos, números, etc., en el ‘maravilloso’ uniforme de prisionero. Luego trabajamos codo con codo durante meses en la misma brigada de trabajo, junto con*

el sacerdote jesuita P. Dr. Stahl de María Schein y el párroco P. Stein, de Pergles cerca de Karisbad, realizando pequeñas labores de costura para la defensa. El trabajo era llevadero y agradable. Teníamos mucho tiempo para charlar. En aquellas circunstancias aprendí a apreciar a su hermano, por su amplia cultura y, sobre todo, por su exquisito comportamiento sacerdotal. Se le estimaba mucho en la brigada de trabajo.

Hacia mediados de diciembre se terminó nuestra tarea y se nos concedió más tiempo libre para estudiar, leer, etc. Hubert se dedicó al estudio del ruso con mucha diligencia. Parecía estar pensando que alguna vez iba a poder trabajar en el Este como misionero. De hecho, su vocación misionera informaba toda su actividad. Él sólo pensaba en cómo ayudar a los demás. Siempre se consideraba el último. Cuando quiera que llegara un paquete de casa, siempre sabía de alguien a quien tenía que ayudar. Muchos compañeros sabían por experiencia que Hubert Unzeitig conocía dónde había alguien pasando hambre. A través de sus manos, una gran cantidad de víveres llegaron a los prisioneros civiles, a muchos de los cuales conocía personalmente, debido al largo tiempo de estancia en prisión. Recibían de él ayuda en el Bloque 26, que era el de los sacerdotes.

No hay duda que su caridad hacia el prójimo fue también lo que le movió a ofrecerse voluntario para realizar otro trabajo en otro Bloque, solicitado por la Secretaría del Campo, en los meses de enero o febrero. Eso significaba que se tenía que trasladar a ese otro Bloque de civiles. Desde entonces sólo volvía al nuestro en plan de visita. Ese Bloque, a donde se trasladó Hubert, fue de los más afectados y se puso en cuarentena. Algunos días después se empezó a comentar que su hermano había cogido la fiebre y que había sido trasladado a la enfermería. Entonces nosotros, los del Bloque de sacerdotes, empezamos a ir a ayudar regularmente. Creo que se le cuidó bien. Al menos teníamos un contacto constante con él, a través de varios buenos enfermeros, que nos mantenían regularmente informados de cómo iba el sacerdote enfermo. Oímos que Hubert, superada la crisis, se estaba recuperando. Sufrió luego una recaída. Durante dos días la comunidad de sacerdotes rezó de manera especial por él, pero al final nos llegó la noticia de su fallecimiento. Después de haber recibido, no cabe duda de ello, los sacramentos, emprendió el camino hacia Dios. Su cuerpo fue dignamente amortajado junto con el de otro sacerdote, recibiendo ambos la última absolución. La entera comunidad de sacerdotes rezó el Oficio de Difuntos por él y se celebró una misa de Requiem.

Creo que a su hermano se le ha ayudado, en el caso de que lo hubiera necesitado, con las muchas plegarias y sacrificios de los prisioneros. Yo también le he honrado como a un santo. Él y un sacerdote jesuita, de nombre Lenz, que se presentó como voluntario para ayudar en las barracas infectadas y que cogió la fiebre tifoidea, aunque sobrevivió, siempre contaron con mi admiración silenciosa. Yo creo que ahora, sin duda alguna, podemos rezarle. El tiempo que pasó en el Campo de Concentración pareciera haberle purificado maravillosamente y haberle madurado para el cielo.

Después de que se trasladó a las barracas de los civiles tuve la buena suerte de heredar su cama con un auténtico colchón de paja. Hasta entonces yo había dormido en el espacio donde se juntan dos camas. Después de ello, en las tardes me acordaba de él frecuentemente, especialmente después de que cayó enfermo. Fue por entonces cuando decidí escribirle a usted, su familiar más cercano. Después de aquello, empezamos a ser liberados y todo terminó. Creo que vosotros, su familia debéis haber sido informados de la muerte de Hubert desde el mismo

*Campo de Concentración, o por medio de alguno de los muchos camaradas alemanes, provenientes de Checoslovaquia. No puedo asegurar, sin embargo, si la urna con las cenizas fue enviada a casa... Tampoco tomé nota de la fecha exacta de su muerte...*

*Le saludo muy cordialmente de manera especial como la hermana de mi inolvidable compañero en el sufrimiento de Dachau. Joseph Witthaut”.*

## [6] TESTIMONIO DE KARL WEISS, PBRO

**El siguiente testimonio sobre el P. Engelmar es un artículo escrito por este párroco, que fue otro de los muchos sacerdotes que compartió con el P. Engelmar la experiencia amarga del Campo de Concentración de Dachau. El referido testimonio fue publicado por primera vez allá por el año 1969, en el número de Febrero del Boletín de la Asociación de Sacerdotes Alemanes procedentes de la región de los Sudetes [Sudetendeutsches Priestwerk-Königstein, Taunus]. El título que se dio a este artículo-testimonio es bien sugerente: “¿Un santo para nuestra tierra? El P. Engelmar Unzeitig, el ‘Ángel de Dachau’.” [Cfr. FN 2/71, pp. 87-89]**

*“El 20 de noviembre de 1968, en la Iglesia del Sagrado Corazón de los Padres de Mariannahill y en el marco de una emotiva celebración, recibieron cristiana sepultura las cenizas del P. Engelmar Unzeitig CMM. La celebración, que tuvo la estructura de una Liturgia de la Palabra, se desarrolló bajo el lema: ‘Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos’. Junto a los muchos feligreses, tomaron parte en la celebración el Obispo Auxiliar de Aquisgrán, que estuvo prisionero en Dachau, el Obispo Auxiliar Kindermann de Königstein, un representante del Cabildo Catedralicio de Würzburg, varios sacerdotes, compañeros de cautiverio, venidos de Alemania y del extranjero, y familiares del difunto.*

*El P. Engelmar Unzeitig –su nombre de pila fue Hubert– nació el 1 de marzo de 1911 en Greifendorf, archidiócesis de Olmütz. Sus padres eran sencillos labradores. Perdió a su padre en 1916, en la Primera Guerra Mundial, y la madre quedó sola con cinco niños. A los dieciocho años Hubert ingresó en el Seminario para vocaciones tardías, que los Misioneros de Mariannahill tenían en Reimlingen [Suabia]. Cursó filosofía y teología en Würzburg, en cuya Universidad estudiaban los clérigos de la Congregación. En esta ciudad y en la Iglesia, que ahora guarda sus cenizas, el P. Engelmar fue ordenado sacerdote el 6 de agosto de 1939. El 1 de octubre de 1940 recibió el encargo de administrar la parroquia de Glöckelberg, en la Selva de Bohemia. El 12 de abril de 1941 fue detenido por la Gestapo y, después de una prisión preventiva en Linz, fue llevado al Campo de Concentración de Dachau.*

*Allí, en un mundo sin Dios, se comportó como un sacerdote de cuerpo entero, siempre ansioso por proclamar el mensaje de Cristo y de dar amor sin medida. Su especial solicitud sacerdotal se encaminaba hacia los prisioneros rusos. Y a este fin aprendió el idioma ruso en el Campo. El P. Engelmar fue un hombre silencioso y, por ello, sus obras de caridad en el Campo las realizaba lo más discretamente posible. Sólo en los últimos meses de su vida, finalizando ya la guerra, su ejemplo y su muerte despertaron la atención general.*

En el otoño del 44 se declaró una epidemia de tifus en el Campo. Desde diciembre del 44 hasta final de la guerra, o sea, en unos cinco meses aproximadamente, murieron en el Campo de Concentración unos 1.500 prisioneros. Los que no perdieron la vida de modo violento, o por el hambre, o debido a otras circunstancias, murieron debido al tifus. El barracón número 30, con capacidad para varios centenares de reclusos, conoció la muerte de todos sus ocupantes en tres ocasiones. Como no había carbón suficiente para quemar todos los cadáveres —el enterramiento se descartó para no dejar huella de los crímenes cometidos—, los muertos a menudo se amontonaban en diferentes puntos del Campo. El olor a muerto era indescriptible. A los que ya estaban desahuciados los llevaban a barracones especiales, donde agonizaban en circunstancias increíbles. Casi nadie de los prisioneros comunes estaba dispuesto a atender a estos infelices. Entonces los SS, bajo cuya dirección estaba el Campo, hicieron un llamamiento a los sacerdotes prisioneros para que se ofrecieran voluntarios para cuidar de los enfermos.

Uno de los primeros que se presentaron para este servicio fue el P. Engelmar. Él sabía, como todos nosotros, que los días del régimen nazi estaban contados. Él era consciente que su ofrecimiento le iba a separar del grupo de los sacerdotes. Él vio claramente lo peligrosa que era la tarea. Con todo, la asumió y se encargó voluntariamente del cuidado de los moribundos, para estar como sacerdote cerca de ellos en sus últimas horas. Aquel antro de muerte en Dachau llegó a ser su ‘parroquia’. Arrastrándose de uno a otro, cuidaba de los moribundos que estaban tumbados en literas de tres pisos; oía sus confesiones, les daba la comunión y les administraba la extremaunción. A él principalmente se debe el hecho de que apenas nadie tuviera que morir sin haber recibido los sacramentos. La fuerza para tal heroísmo le vino, como puede verse en una de las cartas que escribió a su hermana, de un amor abnegado y totalmente orientado hacia Dios. El bloque infectado por el tifus fue la última ‘parroquia’ de este sacerdote. El 2 de marzo de 1945 murió de tifus. ‘Por la salvación de las almas con mucho gusto aguantaría por más tiempo aún el destierro y todo lo demás’. Ésta era su palabra: la palabra del sacerdote y mártir P. Engelmar Unzeitig, uno de los 1.034 sacerdotes muertos en Dachau.

Uno de los sacerdotes prisioneros logró salvar las cenizas del P. Engelmar. Me refiero al párroco Richard Schneider, que trabaja ahora en Schlierstadt, en la archidiócesis de Friburgo. Para ello se puso en contacto con el capataz del crematorio, quien incineró el cuerpo por separado durante la noche y entregó luego las cenizas al párroco Schneider en una bolsa de papel. Éste metió la bolsa en un saquito, sobre el que escribió las palabras: ‘Vera cinera beati in Domino defuncti P. Hubert Unzeitig’. Por mediación del Sr. Leo Pfanzer, un laico valiente y amigo de los sacerdotes reclusos, que por entonces trabajaba en la plantación de Dachau, las cenizas pudieron salir fuera del Campo. Se enterraron provisionalmente en el panteón de los Misioneros de Mariannhill en Würzburg y finalmente han sido trasladadas a su Iglesia del Sagrado Corazón. Allí a los pies de una cruz impresionante reposan ahora en una urna y están cubiertas por una placa conmemorativa de este mártir de la caridad. Esta ceremonia no fue una manifestación de luto. Los sacerdotes oficiantes llevaban vestiduras rojas. Ahora nosotros damos gracias a Dios por el amor que emanaba de este sacerdote en medio de aquel infierno de odio. Damos gracias a Dios por la paz que el P. Engelmar transmitió a los moribundos y también le damos gracias por la justicia que ha realizado, privado él de sus derechos, con sus compañeros proscritos. Nos asiste la convicción de que no tenemos que rezar por un difunto sino que podemos pedir su intercesión”.



© OÖ. LANDESARCHIV LINZ, AKT PATER UNZEITIG

“Por lo demás todos mis pensamientos y acciones solamente están orientados a implorar y obtener de Dios el don de la paz para los hombres”.

Beato Engelmar  
[Carta desde el CC Dachau, 24 de septiembre de 1944]